

En la extensa selva Amazónica, dónde la vegetación no permite avanzar de manera fácil, solo las fantásticas sombras del vuelo de pájaros abren camino entre la espesura. Cientos de criaturas traspasan, cuales destellos con silbidos, aullidos y gruñidos, esos gruesos y gigantescos árboles.

En primavera, todo el bosque se pinta con flores de distintos colores, y el jaguar, la guacamaya roja y diferentes manadas de monos disfrutan de toda esa abundante naturaleza. Sobre todo de sus frutos, entre mangos, plátanos, aguajes y todo lo que encuentran a su paso.

Cierto día, a la familia de monos le tocó recibir el primer secreto de los espíritus que moran en los bosques, para así dominar la altura y tener los movimientos con qué desplazarse en la espesura, con esa destreza propia de los adultos. Las ramas de los frondosos árboles era el lugar perfecto, pero al caer la tarde, espesos y negros nubarrones empezaron a velar el cielo, presagiando una tormenta.

Horas después, empezaron a retumbar los truenos; el viento sopló con tal violencia que los árboles se inclinaban, algunos, inclusive, parecían llegar al suelo como si se postraran a lanzar plegarias; entonces comenzó a caer la lluvia por un buen rato y, ante esa dificultad de la naturaleza, todos los animales intentaron resistir, sin embargo, a cierta distancia sonó como si la tierra se abriera; un rayo soltó su descarga eléctrica y un ventarrón cual huracán destrozó la gruesa rama donde estaba la manada de monos machín.